Memorias de María Rosa Oliver*

por Angel Rama

LA FASCINACION DEL MUNDO

Y por último —ahí me reconozco— también soy yo la que con cara de gitana, rizos sueltos sobre la frente y medio cuerpo fue-
a del marco de un guiñol, desmiente con los
s quemantes de energía a las manos unidas
 ademán de humilde plegaria". Es esta foto
e infancia la que abre el primer tomo de me-
orias que acaba de publicar María Rosa Oliver,
n libro excepcional dentro de la muy rica serie
 obras autobiográficas de las letras argen-
nas, que puede codearse sin temor con los de
armiento, López, Mansilla, Cané y aun los aven-
ja en fascinación, por la lúcida verdad inte-
ior que lo anima, por la totalidad de vida per-
nal y social que en él está implicada.

Aún podría decirse más, que la vida de Ma-
a Rosa Oliver, en tanto escritora, estaba des-
ada a esta obra. Ella vino desempeñando en
 Argentina el papel de animadora cultural,
nde su personalidad, su estar en la cultura,
peraban en mucho a sus aportaciones litera-
s. No es comprobación del epigrama wildea-
: ella no puso su genio en su vida propia, sino
 el mundo circundante del cual ha sido, des-
 su infancia a comienzos de siglo, la más in-
tigable exploradora de las letras argentinas.
e ahí lo justo del título elegido: Mundo. mi
a. El que pareció don propio de esta mujer y
e seguramente se vio acrecentado como res-
sta a la parálisis que, desde los diez años,
ondenó al sillón de ruedas, fue una ardiente
iosidad por el mundo: hizo de él casa propia,
 tanto casa común, abandonando el previsible,
oroso encierro, que podría reservarle una ri-
 casa del barrio norte.

Apasionante como una novela; vivo como un
ro de memorias; veraz e histórico como una
ónica; revelador como un ensayo sociológico,
í es este libro. Aunque en él solamente se nos
nta una infancia, junto con ella se despliega
 una época de la vida argentina —la que fue
la époque— y una sociedad, el patriciado
gentino: residencia en la calle Charcas, cha-
a en la provincia de Buenos Aires, veraneos
 Mar del Plata, viajes a Europa. Esos ele-
entos delinean el "background" de María Ro-
 Oliver y simultáneamente muestran los dis-
tos productos humanos que de él surgen.
gnificativamente, el libro cuenta entre sus pri-
eros capítulos uno dedicado a la abuela quien
ga sobre el general San Martín, en el modo
pico del comportamiento oligárquico.

—"El tío Pepe era un grosero — me con-
ó.

—¿Cómo?

—Sí, un ordinario... Un grosero.

—¿Por qué?

—Hablaba como gallego — me contestó, pe-
 al ver que eso no me impresionaba, añadió:
Se casó con una Escalada para hacerse cono-
r — y como al afirmar tal cosa no creyó ne-
sario mirarme la cara, prosiguió: — Para el ca-
miento le encargaron a mi tía Remeditos un
ar a Europa, vestidos paquetísimos, lencería
a de puntillas, y en la familia, porque se
ecan en la familia, le hicieron una cantidad
 pares de escarpines de raso. Apenas se ca-
ron, él los devolvió diciendo que "la mujer
 un soldado no puede andar calzada de se-
"... — y al repetir la frase de quien para mí
a el Libertador y para ella sólo el tío Pepe,
uela imitó el acento español pero volvió al
ollo para agregar indignada, casi herida: — A
 pobre Remeditos la soterró entre los in-
..."

El libro se cierra, en la serie de imágenes
 París, con el fugaz apunte de otra figura,
a muy joven, de ese mismo medio: Victoria
ampo, "ya entre las chicas grandes, aunque
llevaba en vez de rodete llevaba el pelo reco-
 en la nuca, con un gran moño de moaré
o, conversando con el hijo de Rostand, Mau-
, quien, "con su melena oxigenada y un tra-
 cuadros ciñéndole la cintura estrecha y las
dras anchas, no parecía hombre del todo".

Ninguno de estos dos modelos siguió María
a Oliver, porque aunque amiga de V. Ocam-
 cuyos intereses culturales ha compartido in-
so el equipo de "Sur", muy pronto descu-
e la existencia en el mundo de la injusticia
al —¿habrá tenido alguna participación en
 su enfermedad? ¿acaso habrá que atribuir-
a la lección lúcida de su padre? ¿hay posi-
dad de descubrirlo espontáneamente, aun con-
 la orientación de un medio?— y su acción
ica en ese sentido terminará valiéndole una
osa recompensa: el Premio Lenin de la
. Su sillita de ruedas se hizo famosa en los
resos socialistas, y en ella recorrió el mun-
do en varias direcciones, sin abandonar sus
illos, su mirada inquisitiva, su apasionada
osidad por los seres humanos, su sostenido
 vital, su sonrisa casi infantil.

Es desde ese ángulo, desde esa historia ac-
, desde esa cosmovisión, que escribe sus me-
ias y se pone a rescatar infancia y época
das: o sea que en la precisión —como de
 contrastada— de todos sus recuerdos infan-

EL MUNDO DESDE LA SILLA DE RUEDAS

tiles, en el enjuiciamiento constante del medio y los seres de entonces, en la acuidad intelectual de su visión, puede sospecharse la presencia de la vida adulta de hoy. No hay distorsión, salvo la inevitable en este tipo de obras; hay reencuentro de los valores alcanzados y elaborados en la vida adulta, con las semillas originales que en la infancia pudieran estar anunciándolos.

La veracidad no procede aquí, simplemente, del aire fresco, original de los materiales, sino que la delata —y doblemente por no ser María Rosa Oliver una narradora— la asombrosa capacidad de recreación literaria: el libro está poblado de personajes verdaderos, en particular las criadas e institutrices, recuperados no sólo en su manera propia, insólita, sino también modulados en su original incidencia lingüística, con una sabrosa capacidad de destacar las formas del habla privativas de las distintas capas sociales. Personajes, historias, paisajes, componen un cuadro novelesco, al cual el lector se entrega hedonísticamente, sabiendo, tramposamente, que este cuento divertido es, además, historia, lo que le permite echar de cerca un vistazo a la vida íntima de una familia de la clase alta porteña a comienzos de siglo, guiado por un testigo privilegiado que no intenta idealizar sino, al contrario, demuestra increíble agudeza visual para observar también las imperfecciones del cuadro, a través de los innumerables hechos contradictorios que el niño detecta: "Uno de esos hechos empezó para mí la medianoche en que Lizzie, descalza y en camisón de dormir, cruzó corriendo por nuestro dormitorio y al llegar al de mis padres les avisó, sin levantar la voz para no despertarnos:

—Señor... señora... Ha sucedido algo terrible...

Oí que papá saltó de la cama y que Lizzie proseguía:

—En el zaguán... Cándido está gritando: "¡Asesino!... ¡Asesino! Fernando me ha matado...

—Ay, qué susto me he dado —gimió mamá: — creí que algo les había sucedido a las chicas".

Dentro de ese universo rico y variado, [illegible] un protagonista a quien cabe el centro de la historia: lo ocupa con asombrosa discreción; se diría que se integra al cuadro como otro elemento, siempre más atenta al contorno que a sí misma. Los dos capítulos "Polio" y "El viaje" así lo prueban: mucho más que de la enfermedad, de esa larga recorrida por clínicas europeas a la búsqueda de la curación, habla de lo que ve desde su cama o su silla, coleccionando figuras históricas —Pío X, Bismarck, Alfonso XII— o personajes típicos, o paisajes, o sabores y olores. El mundo no se limita a revelársele por los ojos, sino que pone en funcionamiento todos los sentidos, y se complace en los datos de todos ellos con una especie de paganismo elemental que es uno de los mayores encantos del volumen. De ahí que termine registrando hasta los olores considerados habitualmente fétidos, como si en ellos agradeciera la información gozosa que sobre la realidad le prestan, "porque en mi imaginación cada época tenía su sabor. Si el de Grecia era a cereal, leche y miel, la Edad Media se me envolvía en efluvios de gran caldera donde hervía borboteante un guiso gomoso como para encolar maderas; la Conquista sabía a chirimoya y ananá, la Revolución Francesa a horno de panadero y la de Mayo a los pasteles que en 1810 vendían bajo la recoba. El "olor a cocina" expandido por el resto de la casa nunca me molestaba y el tono casi de espanto en las reiteradas exclamaciones de "cierren las puertas que apesta a guiso" me parecía insincero".

Si, la sinceridad ha sido la motivación inicial de este libro, y puede sospecharse que de tal propósito no está ausente la buena lectura de Sartre y Simone de Beauvoir. La máquina de escribir de María Rosa Oliver no se deja engañar por la trampa nostálgica de la infancia, y tesoneramente levanta un edificio desmitificado: no sólo expondrá claramente la tramoya de las clases sociales y las falsificaciones para escamotear la realidad de la miseria o la subordinación, sino que tirará de la manta a los temas sexuales, que normalmente se evaporan en este tipo de libros, y hará capítulo largo de las sospechas del niño, de los procesos que en él se generan, y también de lo que él puede descubrir acerca de la vida de los mayores. El niño deviene así un testigo entrometido cuya visión imposibilita la mentira o la idealización, y reconduce la experiencia pasada al cauce de la realidad.

No quiere decir esto destrucción de vida y sentimiento. Si algo queda firme, al concluir el libro, es la recreación de una vida cálida, familiar, movida por subterráneas corrientes de afecto, donde sobresalen los padres, en especial él, para quien la hija guarda comprensible admiración, y donde se insertan parientes —las Clota—, amigos, criados, visitantes, hasta formar una masa cordial que se desplaza conjuntamente, un poco como ese viaje en dos autos por Italia, allá por 1910, todos apilados, entreverados, peleándose, comiendo, disfrutando del país desconocido, del hecho de estar vivos y aun del estar disfrazados con los guardapolvos, viseras y gorros de viaje. Así pasa y se va, al cerrar el libro, toda una sociedad, esa belle époque que canta su introducción al mundo y a su reiterado goce.

---

* María Rosa Oliver: Mundo, mi [illegible] Buenos Aires, Falbo Librero Editor, [illegible]

BENEDETTI

GRACIAS POR EL FUEGO

2a. Edición 10.000 ejemplares

Un éxito sin precedentes en las letras nacionales de los últimos tiempos.

afa

LIBRERIA - EDITORIAL

Ciudadela 1389

Tel. 981244

Montevideo

TRES AMERICAS LIBROS

San Martín 1015

Buenos Aires